

Ensayo

E S C Á N E R



ORDENADORES

EDUARDO HARO TECGLÉN

Una vez ofrecí a *Umbra* una máquina electrónica para suavizar el dolor profesional en sus manos, y la rechazó: "¿Y si me cambia el estilo?". Es posible. El apelo es esencial. Y la superstición. "¿Y si te lo cambia para mejor?". "¡Imposible!". También lo creo (en él). Pero otros escritores se han agrandado, se han descubierto posibilidades que la máquina y, sobre todo, el papel —ese enemigo— no permitan. *Millás* contaba la semana pasada, en uno de sus prodigiosos escritos entre artículo, cuento, crónica, entre superficie y profundidad, cierta relación especial con el ordenador, capaz de perder un texto; y un sentimiento de amor-odio. Una de esas pasiones con la pareja, periféricas a la sexualidad. Toda escritura es sexualidad: a veces la sustituye, otras la complementa o la favorece, como el psicoanálisis. Él mismo es un escritor de ordenador, como lo es otro clásico de este periódico, nuestro *Muñoz Molina*, y además de gran admiración puedo tener por ellos esa solidaridad. Es curioso que dentro mismo de este periódico hay quienes detestan el ordenador que les es obligatorio, quienes lo rechazan de una manera consciente —por lo que tiene de usurpación de puesto de trabajo, o por

Se recupera el fundamental estudio de Praz sobre el romanticismo.

ENSAYO. **LA CARNE, LA MUERTE Y EL DIABLO EN LA LITERATURA ROMÁNTICA**
MARIO PRAZ. TRADUCCIÓN DE RUBÉN METTINI
EL ACANTILLADO. BARCELONA, 1999
942 PÁGINAS. 7.700 PÁGINAS

JOSÉ MARÍA GUEL BENZU

Esta es la primera vez que se edita en España *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*, pero no la primera vez que se publica en castellano. Anteriormente lo hizo la editorial venezolana Monte Ávila en 1972. La edición española reproduce la edición italiana de 1976, aunque las diferencias son mínimas con respecto a la primera. Hay que celebrar la aparición de este libro, que es uno de los clásicos indiscutibles de la crítica literaria del presente siglo; o quizá fuera más exacto hablar de un estudio de la mentalidad romántica, pues eso es lo que resulta ser. Praz advierte en su preliminar que la mayor parte del libro está dedicada a "estudiar la literatura romántica bajo uno de sus aspectos más característicos: la sensibilidad erótica". Es un aspecto central, hay que decirlo en seguida, porque "en ningún otro período literario el sexo ha ocupado de forma tan ostensible el centro de las obras de ficción", según el autor. No sé si a finales del siglo XX sostendría Praz lo mismo —en 1976 aún no había modificado su pensamiento—, pero lo verdaderamente importante es el maravilloso recorrido al que nos invita de la mano de la carne, la muerte y el diablo por la literatura romántica.

Comienza con una idea central: en el siglo XVIII, la idea de que lo bello puede ser feo, turbio, doloroso y triste es una actitud intelectual que entre los románticos se convierte en una actitud de sensibilidad. El parentesco de la Belleza con la Muerte viene representado por el descubrimiento de la atracción que ejerce la imagen de la imagen de la cabeza cortada de Medusa sobre el poeta Shelley. De aquello que de-

La Belleza y el Precipicio

be provocar desagrado surge un nuevo sentido de belleza, un estremecimiento nuevo; el dolor y el placer se combinan —sigo fielmente las palabras de Praz— en una impresión única. Tras ello, la metamorfosis de la figura del Diablo a partir de la visión del rebelde indómito en el poema de Milton, sirve de inspiración para la figura del héroe fatal a lo Byron que dominará en la primera parte del siglo. El héroe fatal y satánico actuará sobre la jovencita infeliz y perseguida en la obra de Sade, donde practicar el vicio es ajustarse a las normas de la Naturaleza; pero pronto el deseo de extraer belleza del mal dará lugar a otra figura central: la *belle dame sans merci*, la mujer fatal; no tiene la contundencia del héroe satánico, pero su capacidad de castigo y perdición del enamorado se extiende por igual, primero con una dimensión mítica (la María Estuardo de Swinburne, Cleopatra, la Gioconda, Salomé) y luego en una dimensión más real (la Isabella Inghirami de D'Annunzio o las *diabólicas* de Barbey d'Aurevilly).

Si tras el descubrimiento de la belleza medusea, el héroe fatal domina el primer tercio del siglo y la mujer fatal el segundo, el último pertenece a la decadencia de esta exacerbada y morbosa sensibilidad erótica. La confusión generada exalta ahora la figura del andrógino y, finalmente, la situación acaba dando un vuelco cuando un personaje afirma que "la castidad es el deseo extremo". La inversión de la situación deja entrever además una relación entre religión y sadismo: la apología del martirio y de la disciplina entre los católicos, la flagelación como norma educativa entre los protestantes, etcétera. Otro personaje del decadentismo ensalza la *Imitación de Cristo* y confiesa que la prefiere a la *Justine* de Sade. No cabe mayor perversión en esta inversión realmente diabólica.

La crítica ha solido despachar a esta época y sus obras atravesadas por la sensibilidad erótica como literatura inferior y de perversión, pero Praz —que halla las raíces de esas flores enfermizas en autores como Flaubert, Poe, Swinburne, Baudelaire

o Dostoievski— va a demostrar fehacientemente que son toda una sensibilidad en la que se asienta una mentalidad que fecunda y transforma vigorosamente la idea de Belleza, la expresión artística y, por supuesto, el clima moral que reinará en el XIX y desembocará en la idea de decadencia de Occidente con que se abre nuestro siglo XX. No sólo opera en la dirección que expone Praz, sino en toda clase de ramificaciones, aun las aparentemente más alejadas de esta sensibilidad. Desde la puesta en cuestión por los ilustrados de la afirmación hasta entonces vigente de que "belleza es verdad", los conceptos de arte y de belleza han sufrido variaciones sustanciales. Y el campo que acota Praz ha sido extraordinariamente activo en ello.

Lo antedicho es una muy pobre incitación a leer un libro que es irsumible. No lo es, para fortuna del lector, porque Mario Praz consigue un milagro: hacer que la erudición y el conocimiento se plasmen en una generosa fluidez de textos originales. Es bueno que el lector del libro esté familiarizado con el romanticismo, porque no es un libro fácil, pero no es imprescindible porque lo doblemente admirable de Praz es que consigue trasladarnos su sabiduría no a través de una más o menos árida exposición teórica, sino a través de los textos de los autores de la época estudiada.

El verdadero sabio es aquel que no se dedica a deslumbrar, sino a enseñar, pero Praz hace más que eso: enseña la vastedad de sus lecturas —como haría un explorador con su territorio— en la admirable y copiosa selección de textos, a los que encarga que nos muestren el hilo conductor de su pensamiento; de este modo, casi parece que los acompaña simplemente, que nos acompaña en nuestra lectura; por eso la referencia inicial a la importancia extraordinaria de los textos citados y de las notas. Y para quien quede prendido de un libro tan lleno de ideas y sugerencias como éste, le recordaré la existencia de otro que reúne toda la serie de artículos del autor sobre el mismo período: *El pacto con la serpiente* (Fondo de Cultura Económica).